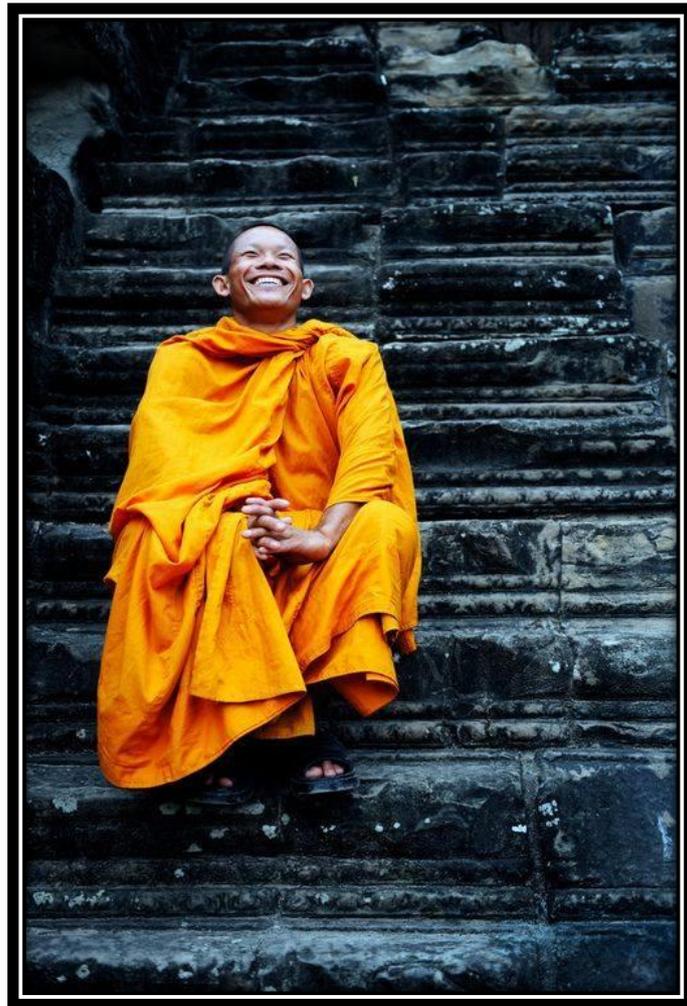


Ideal y realidad



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Me encontré con él a la vuelta de mi primer viaje a Japón. Estaba entonces en la cincuentena y dedicaba gran parte de su tiempo y de sus capacidades intelectuales, que no eran pocas, a la enseñanza de la Biología, dentro de un programa de estudios más amplio que versaba sobre medicinas orientales.

Durante años, me contó en aquél primer encuentro que sostuvimos, había alimentado el sueño de viajar a Japón para encontrarse con quién él mismo suponía que era, entonces, la cima del estilo de Karate tradicional que amaba por encima de todos los demás.

Antes de partir mantuvo el pulso firme consigo mismo ajustándose a la disciplina y al rigor que el trabajo diario de ese Arte Marcial exige y necesita para ser dominado, tratando así de fraguar un espíritu fuerte capaz de responder, diligentemente, en el transcurso de ese encuentro con el que soñaba día sí y día también.



El momento se presentó finalmente y, respaldado por un trabajo bien hecho y un apoyo familiar sin fisuras, emprendió su viaje de estudio y conocimiento, llegando a su destino cargado de buenos propósitos y, también: inquieto, expectante y curioso ante lo que le esperaba.

Cuando se topó frente a frente con aquel que había sido objeto de su imaginación, el maestro de maestros, la leyenda viva de una tradición centenaria, el depositario de una escuela que había sublimado por encima de cualquier otra, su mundo se quebró, su ideal se cuarteó, su sueño finalizó súbitamente y la realidad, cruel y áspera, pero simple y verdadera, se impuso.

En efecto. La decepción fue tan grande que, pasadas unas pocas semanas, regresó a España con un propósito: nunca más volvería a practicar el viejo Karate. Su camino había finalizado. No habría vuelta atrás.

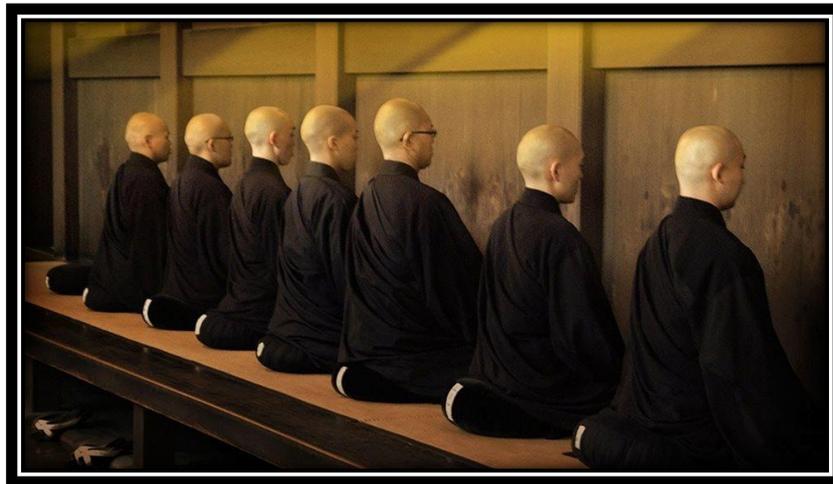
Afortunadamente, el tiempo fue curando sus heridas y una realidad, más que bella, fue ocupando sus días. Una nueva y renovada energía surgió a partir de su cotidianidad y, con los años, aquel joven budoka llegaría a ser un respetado maestro en el contexto de las Artes Marciales de nuestro país.

A mí me sirvió su ejemplo para volver a creer en lo cotidiano, en lo cercano, en eso que me acompañaba un día cualquiera, lo efímero y sencillo: un puñado de caras bien conocidas, los hábitos que daban estabilidad a mis jornadas de trabajo, esos libros desvencijados que ocupaban la mesilla de noche de mi habitación y los amigos con los que crecí.

Me sirvió, además, para recordar aquellos momentos en los que, pegado a la realidad, lejos del ideal y pisando con fuerza la tierra que me soportaba, me dejaba inundar por esa felicidad que es producto, solo, de un despertar consciente en un instante humilde, inadvertido y callado, pero, a la vez, tremendamente real, sincero y auténtico.

Si, como le ocurriera a aquel monje anónimo que, de manera espontánea, abandonara su posición en la meditación matinal y, riendo sin contención, dijera adiós a sus compañeros de *sesshin* por haber alcanzado la iluminación espiritual.

Alegre, experimentaba por fin la realidad que había perseguido durante años: una realidad situada tan cerca de sí mismo que le había pasado inadvertida hasta aquel preciso momento.



También en Budo y en Bujutsu se viven situaciones similares y el lejano ideal sostiene la práctica de los budokas: hombres y mujeres que, en muchas ocasiones, enaltecen, subliman e idolatran la vida y obra de maestros a quienes jamás vieron en vida, a quienes nunca trataron y de quienes recibieron sesgada información a través de terceros, muchos de los cuales tampoco tuvieron edad para conocer a fondo a los viejos exponentes del Budô.

Esta controversia es extensible a las tradiciones medievales de Japón, o Koryû Bujutsu, frente a las cuales estamos aún más faltos de referencias fidedignas debido a la ausencia de material escrito y por ser transmitidas, fundamentalmente, a través de la palabra, una palabra cuya objetividad y veracidad están sujetas al peso ineludible de los siglos y, por tanto, a su transformación o manipulación.

¿Por qué esa necesidad, casi imperativa, de mitificar figuras, hechos y costumbres...?

¿Por qué ese apremio, casi vital, por conectar nuestro trabajo diario con el de alguien que vivió tan alejado de nuestro contexto, tan apartado de nuestra cotidianeidad, tan separado, psicológica e intelectualmente, de nuestro día a día...?

Dicen los científicos que a pesar del sobresaliente salto tecnológico que ha experimentado la Humanidad, que más allá de los inmensos logros científicos que hoy son realidad, el hombre ha cambiado muy poco –por no decir nada- en el fondo de su naturaleza primordial.

Es decir, que nuestros impulsos, deseos, afanes y miedos, continúan siendo prácticamente idénticos y que de ellos se derivarían esas formas de actuar que tanto nos restan dificultando la experiencia de nuestra libertad: egoísmo, competitividad, envidia, celos, temor, necesidad del mito, inseguridad, etc.



Como destapara la experiencia de aquel hombre sencillo que había dedicado su vida al cultivo del Aikidô y se acercara un día, con alegría desbordada, a escuchar a quien era uno de los últimos grandes exponentes de ese Arte Marcial, un maestro formado en los tiempos de Morihei Ueshiba, a quien preguntó, pleno de sinceridad, como quien pregunta para recibir una respuesta que refuerce aún más su filosofía, acerca del espíritu pacífico de aquel genial maestro de Budô, recibiendo por

respuesta la más real, dura, fría y auténtica de las contestaciones: *“Mi padre nunca fue un pacifista”*; le espetaría Kisshomaru Ueshiba Sensei.



A veces, decía, hemos practicado, estudiado y enseñado, reforzando y sustentando nuestra práctica, nuestros estudios y nuestras enseñanzas, lejos, muy lejos, al albur de otros que nos han precedido, otros a quienes hemos mitificado, otros a quienes hemos sublimado, olvidando, en todo ese proceso, lo verdadero y real.

El gran Jiddhu Krishnamurti nos enseñó: *“Es más importante lo que es, que lo que podría ser”*.

También José Hierro, el gran poeta, nos dejó escrito: *“Es lo efímero, eso que pasa y que muda, lo que nos tiene prendidos”*.

Y es ahí, frente a ese paradigma nocivo (por alejarnos de nosotros mismos y de nuestra inmediatez) que es el mito, que nosotros, hombres y mujeres de Budô, hemos de saber aquilatar nuestra realidad, establecer nuestra cotidianeidad, discernir entre lo que es y lo que podría llegar a ser, para eliminar lo ilusorio y vivir nuestro Arte Marcial en un presente más que verdadero.

Kenshinkan dôjô 2018